

INTRODUCCIÓN

UNA NOCHE DE DICIEMBRE EN LA MARISMA...

¿QUÉ podría ser aquello? ¿Una estepa, un desierto, una landa, un yermo, una llanura, un páramo, una planicie o un arenal? La tierra rasa, convertida en una inmensa circunferencia, se confundía con la bóveda de un cielo violeta y purísimo. No había luna; pero las estrellas fulgían tan nítidamente sobre la curva escarolada del espacio, que una claridad suave hacía menos tenebroso el camino de aquellas dos sombras humanas, perdidas en la noche.

—¡No vamos bien, Guadalupe, no vamos bien! ¡Este mardito campo de las marismas se me resiste siempre! ¡Y pensar que podíamos haber yegao a La Puebla a boca de ponerse el so!

—¡Qué hemos de jacerle, Grabié! ¡Resirnación! Más pasó Nuestro Señor Jesucristo cuando lo vendió Júas. Clava las estacas y arma el chozo, que la vereíta a ca paso se vuelve más blanda y más enguachasná.

—¿Y er churumbé, no pasará frío?

—No tengas cudiao, que va contra mi pecho; y ya sabes que mientras me quee vía tengo yo caló pa el hijo de mis entrañas.

—Sigamos un poco, a ve si rastreamos siquiera la lu de un caserío.

En silencio ya, continuaron la marcha estas dos sombras. A veces, los pies chapoteaban en los charcos. Hojas aceradas parecían de lejos los regajos y los lapachares del terreno pantanoso. Monorítmicamente se oía el croar de los batracios. Y en el inmenso tablero redondo de la nava misteriosa no se distinguía ni un álamo, ni una chumbera, ni un acebuche, ni una pita, ni un eucalipto, ni una encina, ni un aliso. Mujer y hombre, desorientados por completo, íbanse internando en la marisma. Lo demostraba que a cada paso de avance veían en mayor profusión lucios y albinas.

—Sigue por esa veta y no la dejes, que es el único terreno alto.

—Yo no pueo más, Grabié; los pies se me quean clavaos en la pergeña como si hubiera resina.

—¡Mardito barro marismeño! Pero ¿es que vamos a tené que acampá aquí como los patos, Guadalupe?

Mientras la hembra apretaba convulsa contra su pecho a un niño de pañales que llevaba en los brazos, el hombre, encorvado por el peso de un lío de ropas y de unos palos, es decir, con los bártulos del hogar a cuestras, seguía la marcha; pero a cada instante con más lentitud.

—Vamos a esperá a que yegue er día, Grabié; mira que estamos perdíos en este laberinto.

—¡Ties razón, Guadalupe, ties razón! Hay que pararse; pero deja que sigamos entoavía una mijiya. Tengamos pacencia, y aguardemos un peaso de terreniyo más alto, un toruño pa podé pasá la noche en seco. Mira que aquí corremos el peligro de convertirnos en arbures.

Sonrió la mujer; a pesar de las penalidades sufridas, divertía-se con las frases de su hombre. Al gitano no se le iba nunca el buen humor. Era la única riqueza de que disponían en aquella vida

andariega y llevada con resignación apostólica desde hacía muchos años. La mujer dedicábase a confeccionar canastas con los mimbres que podían atrapar en las márgenes del Guadalquivir. Y así iban siempre de pueblo en pueblo, de aldeílla en aldeílla y de cortijo en cortijo. Ella era joven, de canela la carne y de ojos negros. Él no había pasado de los treinta años, y era ojizarco y con la piel bronceada de tan oscura y brillante. El niño, que no había sido aún inscrito en ningún Registro civil ni bautizado en ninguna parroquia, cumplía aquella noche de diciembre dos meses. Y, como a Cristo, su madre le trajo al mundo en un establo, y fue su primer lecho un pesebre. Y para que el parecido bíblico se completara, en la cuadra de aquel rancho marismeño había además una mula y un buey. Pero la mula, coja y sarnosa, y el buey, viejo y ciego. ¡Una desdicha! Ahora dirigíanse a La Puebla para pasar una semana de descanso y comerse alegremente los cuartos que habían ahorrado durante su última correría por los caseríos ribereños. Engañados por la artera celada que les había tendido la noche, en vez de tomar el camino del burgo, íbanse internando en las tierras más bajas.

La luna, aterida, fría, un poco verdosa, como la penca oval de una chumbera, asomó, al fin, sobre la pelusa morada del espacio, e iluminó el paisaje. Todo se llenó entonces de matices espectrales. Sudarios eran las albinas y los lucios. Pupilas vacías, como cuencas trágicas, los regajos y lapachares. Fantásticas guadañas los esteros, los canales y los vados. Cadáveres negros e hinchadísimos los toruños. Un panorama desolado, tétrico, fúnebre, que traía a la imaginación, atormentada por tenebrosos pensamientos, la angustiada perspectiva de las regiones árticas. Hacía, además, frío, mucho frío, en esta madrugada del mes de diciembre. Habíase desvanecido la Andalucía tibia, dulce y deliciosa como un fruto en sazón. La

visión era agria, dura, gris, norteña en suma. Lo meridional desaparecía entre los velos blancos de la noche y el acero empañado y mortecino del agua cenagosa. Lejano y muy débil, como enfermo, y arropado en el viento salobre que se extendía silencioso por la llanura inexorable, se oía de vez en cuando el bramido de un toro.

—Tuviera gracia que sin darnos cuenta nos hubiésemos metió en un cerrao.

—No me seas agorera, Guadalupe. Ondivé sabe que hoy no es marte ni trece. Además ese mugío viene de muy lejos. Es er mardío viento, que rumba y nos trae er berrío en las oleás.

—Así sea, para bien de toos.

—Fíjate, Guadalupe. Por aquí no se ven ni *carcagüesos*¹.

La mujer, ya menos intranquila, continuó de nuevo su marcha detrás del hombre, que se tambaleaba como un borracho, por el peso de su carga y por el barro, blando y pegajoso, que se adhería a sus pies.

Aún intentó el gitano, con sus ojos despiertos, de nómada, penetrar en el misterio de las sombras. Inútil porfía. La tierra, rasa, húmeda, cortada a trechos por los cuchillos y las hoces del agua cenagosa, seguía extendiéndose a su vista hasta un horizonte insospechado, pues confundíase allá lejos en una línea morada.

—¡Mira, mira; ahí, en ese repechiyo, podemos levantá er chozo! —advirtió de súbito la hembra ante el inesperado encuentro, y gozosa añadió:

—¿Ves?, ni se junden los pies ni se pegan las alpargatas. Hay que descansar aquí. Ni tú ni yo podemos aguantá esta vía crucis.

1. Señales que dejan en la tierra blanda las pezuñas del ganado vacuno. Cuando el sol seca el barro, quedan allí calcadas las huellas con toda perfección.

Estamos ya estronchaítos, Grabié. estronchaítos. Hagamos alto ahí y que la Divina Providencia tenga piedá de nosotros.

Avizoraron bien los *sacáis* de la gitana canastera. El terreno aupábase ahora hasta formar una especie de minúsculo alcor en la planicie infinita, embarrizada por unos lados, encharcada por otros, y a veces con manchones de una rara estructura, donde formábanse ondas que a la luz de la luna se rizaban, como las de un lago o de una ría.

El viento, a medida que avanzaba la noche, era más frío y más cortante. Alguna vez habrían de tener razón, las mujeres. Y el gitano echó a tierra su carga, y se dispuso a levantar el frágil cobijo en la colinilla leve y diminuta.

—En seco vamos a está, Grabié; pero esto es tan chico que parece un embuste.

—No te quejes, Guadalupe. Aquí, por lo pronto, no nos yegará la humedá adonde tú sabes, ni chapalearemos esmorecíos. Argo es argo. Y Dios aprieta, pero no ajoga.

Aparte de aquel monótono y obsesionante croar, el silencio en la llanura desmantelada e inhóspita era completo. Había cesado también aquel bramido lejano del toro, rey de los campos marismenos, y no se oía ni el vuelo de un murciélago. Ahora, a pausas cortas, venía de no se sabe dónde el lamento tétrico y fúnebre de las lechuzas, de las zumallas y de las cornejas.

Tal vez no estuviesen muy distanciados del caserío de algún cortijo; pero no se veía ninguna luz que sirviese de brújula. Y en estas condiciones, continuar la marcha era una imprudencia.

Mientras la gitana sentábase en el suelo para dar más descansadamente el pecho a la criaturita, el hombre clavaba con fuerza dos estacas en la blandura de la tierra, no seca del todo, a pesar de su

elevación sobre la rasante de la estepa marismeña, y se disponía a cubrir estos palos con una arpillera de grandes dimensiones que serviría de toldo cuando tenían que detenerse como ahora, sin ningún abrigo natural para defenderse del sol, de la lluvia y del frío.

En esta circunferencia colosal de la vasta llanura, el tenderete levantado sobre el montículo era como una arruguita o como un pellizco hecho misteriosamente en la tierra por una mano oculta. La burda tela que servía de toldo sobre los palos hincados en el suelo, en la amplitud majestuosa del páramo, sugería la imagen de una banderita plegada, y colocada allí como señal y demanda de auxilio de unos fantásticos exploradores.

Dentro de aquella especie de cubilete, tosco y frágil, tendieron una manta. La hembra, ya más tranquila, y creyéndose segura en aquel cobijo, sacó sin cuidado del leve juboncillo uno de sus pechos, de afresado pezón, y el nene pudo entonces mamar a sus anchas. Después lo fue arrullando para que se durmiese. El gitano se tendió al lado de su compañera, y, rendido de cansancio, cerró los ojos.

* * *

A media noche, la mujer se despertó sobresaltada. ¿Qué ocurría? Alguien zarandeaba con fuerza el tenderete. Un ruido algo extraño, porque parecía como si intentasen torcer las estacas empotradas en el suelo.

—¡Grabié, Grabié, espabílate! ¡Mira que la casa se nos viene abajo!

Todavía enredado en las mallas del sueño, el hombre replicó burlón y sin incorporarse:

—Guadalupe, hija mía; deja que se nos caiga el palacio. Yo creo que pocos chichones nos pueden jasar los tabiques.

—¡Levántate, hombre, levántate! ¡Mira que arguien hurga en los postes!

El gitano entonces irguió medio cuerpo, y sentado ahora prestó oídos. Sí que era raro aquello. Se bamboleaba el toldo, sin la menor ráfaga de viento, y además sentíase como si una persona se entretuviese en frotar con fuerza un papel de lija en una de las estacas.

—¡Por tus muertos, caya, Guadalupe, que por una rendija de la arpillera voy a ve lo que pasa!

Silencioso el hombre, arrastróse por el suelo del mísero refugio hacia la parte donde se oía con más intensidad aquel ruido. Tembloroso, pegó el rostro en la tierra, y levemente, como si tirase de un papel fino o de una gasa sutil, levantó un pico de la arpillera. ¡No pudo ahogar la exclamación de angustia y de espanto!

—¡Dios mío, Dios mío!

Y de pronto cesó aquel chirrido de sierra, y luego, como un alud, como un vendaval, que lanzó a los aires todo lo que había dentro de aquella rústica tienda de campaña. Ayes de dolor, gritos pavorosos. Luego, en la llanura se recortó como la silueta de un monstruo que huía chapoteando en los cenagales. Y, por último, un silencio hondo, grave, agobiador, bajo esta paz que, por irónico contraste, descendía del cielo y extendíase nuevamente sobre el yermo, enigmático e inacabable.

* * *

David, uno de los vaqueros del cortijo y de la dehesa La Albina, dio varias vueltas en su jergón de paja, y, nervioso, tornó a sentarse sobre el modestísimo lecho.

—Esos bramíos me escaman.

Después continuó el soliloquio en estos términos:

—Me parece, Daví, que si quies cumplí como vaquero castiso vas a tené que ensiyá la torda y enterarte de lo que ventean esos toros. ¡Ná, que siguen los mugíos!

Encendió su candel de garabato, que colgaba del soporte central de la choza, y se dispuso a vestirse. La cabaña era amplia. Tenía pulcramente encaladas sus paredes, y había un muro medianero que daba paso a un establo pequeñito, albergue de la jaca, auxiliar imprescindible del vaquero en todas sus faenas por los distintos cerrados de las reses bravas.

Abrió un ventanillo, y una bocanada de aire frío hizo vacilar y retorcerse a la llamita violácea del candel. Aún no era de día; pero allá lejos, en la línea del horizonte, una mancha violeta iba tomando por los bordes un matiz rosado.

Continuaban los bramidos. Muy práctico, pues le habían salido los dientes en las dehesas y llevaba ya cinco lustros de vaquero en La Albina, sabía David que algo extraordinario pasaba. De noche, y en invierno, mugían los toros raramente. Y menos de aquella forma. Algo ocurría para que estuvieran tan «desasosegaos».

Fue en busca de la jaca, que ya impaciente y nerviosa mordía la madera del pesebre; la ensilló en unos segundos, se ató a la cintura la honda, empuñó la garrocha, dio un brinco, agachóse luego sobre la caballería, para pasar de la puertecilla de la cuadra al exterior; se arrebujó en la manta, y ya ante el misterioso paisaje marismeño se orientó hacia donde sonaban los bramidos.

El minúsculo jinete, en el inmenso llano a trechos anegado y a trechos seco, era una piececilla de ajedrez en aquel enorme tablero; algo tan nimio, tan pequeño y liviano en el dilatado panorama como un insecto en las grandes vitrinas de un museo de Historia Natural.

Apuntaba el alba. El morado del cielo iba poco a poco levantándose como un velo. Por Oriente se veían pinceladas carmíneas y brochazos azulinos. La luna no teñía ya de acero empañado los regajos ni los tremedales. En el páramo inexorable y en los sitios en que el agua corría zigzagueando como un arroyuelo, extendíanse fajas verdes: eran los juncales de la marisma, amantes del frío y de la lluvia del invierno.

El muñequillo, erguido en su jaquita, seguía su marcha lenta, resbaladiza, difícil, porque las patas del animalito a veces se hundían hasta los corvejones en los charcos.

—Más viva, y al cerrao de los cuatroños, que se nos jase tarde.

A las frases del vaquero, la jaquita torda, de piel fina, suave y a manchitas, apretó el paso y enderezó las orejas. Hubo luego una parada ante uno de los portillos. Desmontó David para quitar los palos atravesados que impedían la entrada, y de nuevo sobre la cabalgadura, seguía ahora el vaquerizo su camino, pero con más precaución. Era este cerrado el más peligroso de la dehesa, pues allí estaban los toros que habían cumplido ya los cuatro años. Fieras dispuestas para la lidia, y que de un mes a otro serían contratadas para jugarse en los más célebres ruedos españoles. Continuó David su ruta por el cerrado solitario. ¿Y los toros? Cuidadosamente, para no cortarles la querencia, se arrimó a la valla de alambre. A contraluz, los *jincos*, unos más altos, otros más bajos, y la mayoría torcidos, parecían una procesión de palotes en la plana de

un niño travieso y desaplicado. ¡Sí, sí! ¡Allí cerca estaban los toros! Eran los borrones de esta plana de caligrafía infantil y desastrosa.

El vaquero detuvo nuevamente a la jaca, tirándole con energía de las riendas.

—¡Eh, cuatroño!

Así le hablaba, sin temores y firme sobre su cabalgadura, a uno de aquellos animales, que se le había encampanado a poca distancia y le miraba retador.

—¡Fuera, *Notario!*

El cornúpeto miró con indiferencia a la figurilla ecuestre, y levantando el rabo le presentó los cuartos traseros; luego, con lentitud, muy despacio, con majestuosidad de soberano que no se preocupa de nimiedades ni de hacer frente a la provocación palabrera de un súbdito idiota, se fue alejando despreocupadamente hacia su querencia.

—Si me voy por la otra parte, me coge el muy ladrón. Ese colorao se las trae emboteyás.

Así monologaba el viejo guarda, mientras a cada instante con más recelo exploraba las matas de meleras, guardando con todo respeto la distancia cuando surgía el *jechío* de alguna res.

Ya iban apareciendo los temibles habitantes del cerrado: un cortijano pajizo, que se apencaba al lado de la gavia; otro, salinero claro y astifino, que se alejaba careando, y dos negros, de muchas arrobas y de cuernos acaramelados, que se distraían haciendo el escudo. De pronto la mirada sagaz del vaquero detúvose intranquila en uno de los portillos que comunicaban con la vereda de la carne. ¿Qué ocurría? Las traviesas de la escalerilla veíanse en el suelo astilladas y rotas, el paso libre, y allá fuera, en medio de la senda, el toro retinto que tantos disgustos le había dado ya, y más

lejos, en lo alto de una veta de tierra oscura, el suelo removido y bultos sospechosos, como si hubiese allí gente acampada.

Volvió grupas el viejo guarda, con el fin de introducirse en la vereda de la carne por otro portillo y evitar de este modo cortar la querencia al retinto. Después, con la ayuda de una piedra lanzada al cuerno izquierdo, logró que el bicho tornase al cerrado. Entonces se apeó de la jaca y colocó las tornapuntas en los dos huecos de la valla. Ya sin aquel terrible enemigo que pudiera cortar la salida, montó de nuevo en la torda y dirigióse al sitio misterioso donde la tierra formaba una pequeña plataforma. Quedó horrorizado. Entre unas estacas clavadas en el barro y unas arpilleras completamente convertidas en jirones, vio dos cuerpos —una mujer y un hombre— acribillados a cornadas. Tembloroso descendió del caballo, y venciendo el espanto que le producían los ojos abiertos de las víctimas, se acercó a ellas. Inútil todo ya. Aquellos cuerpos estaban fríos, casi agarrotados. Y las carnes morenas eran un amasijo de tejidos celulares y de huesos quebrantados.

Aún el sol no había empezado a rodar sobre la estepa andaluza, pero el espacio se cubría poco a poco de gasas rosadas y azulinas. E inesperadamente, en el silencio del alba que nacía, comenzó a extenderse el lloro de un niño. En la inmensidad de la dehesa inhóspita sonó como el lamento de un pobre ternero que hubiese perdido a la madre.

* * *

—Y ahora que ya la criaturita está cayá y chupando der bote, cuenta lo que ha pasao esta noche en el cerraio de los cuatroños.

—Cuando yo fui desvelao por los mugíos, ya el retinto se había cargao la faenita. No sé quién habrá tenío la curpa. El portillo que cae a la verea de la carne estaba abierto, y el toro fuera. Cuando logré volverlo al cerrao vi unas estacas y unos lienzos de arpillera en la veta arta, y me dije: Desgracia tenemos. Lo que ha pasao otras veces y lo que seguirá pasando si dejamos que la gente forastera se meta por las tierras de la dehesa. Arguno dejaría el portillo abierto, y el retinto se saldría a la verea. Y er tenderete allí levantao lo tomaría er toro por un rascaero. Esa pobre gente, al barruntá que se le venía encima el chosillo de quita y pon, gritaría, y er toro entonces, encolerizao, lo mandó tó por los aires. Y vean ustés el sino de las presonas: al mamonsete, ni un arañaso, ni rosarle siquiera la punta de los cuernos. Liao en sus pañaliyos, saldría como un royo dando vueltas hasta la cunetiya donde yo me lo encontré berreando como un choto.

Aún el sol no había barrido la niebla, que, como una densa humareda gris, se tendía a ras del suelo. Esta visión de país norteño contemplábala el vaquero desde la cocina del cortijo y arrimándose al fuego que ardía ya bajo la gran chimenea de campana. Tenía a su lado al señó Curro, el conocedor de la ganadería, y enfrente, a Gracia, la mujer del casero, que casi arrobada dábale de mamar al niño desconocido y salvado por David en la noche trágica.

—¿De manera que, si no la reclaman, te queas con la criatura? ¿No es eso, Gracia? —preguntó el casero a su esposa, mientras que con un hierro removía la boñiga seca, roja y ardiente, de la cachifa.

—Sí, Emilio, sí; la Providencia nos la ha mandao esta noche de diciembre, como un niño perdido. Yo estoy fuerte y pueo criarlo a mis pechos, como a Magdalena, nuestra hija. ¿No ves? ¡Si es iguá!

¿A que no ha cumplido tres meses? Y es moreniyo, como la nena, y es guapo y tiene mucho ánge.

—No te entusiasmes, que a lo mejó vienen por é, pues hemos de dar parte ar Juzgao de La Puebla de tó lo ocurrió.

—Si arguien tiene derecho sobre er niño, que presente los papeles. Mientras tanto, yo me queo con é y lo prohijo. ¿Verdad que estás conforme tú también, Emilio?

—¡No he de estarlo, mujé, no he de estarlo! Tú mandas, Gracia, tú mandas. Pa argo tienes un corasón que, de grande, no te cabe en el lao izquierdo.

—¡No digas tonterías, y ayúdame a buscarle nombre, que yo estoy segura que este niño nos lo manda la Divina Providencia!

—Mira, pues si tú crees que er mamonciyo nos lo ha traío esa señora tan arta y tan encopetá, vamos a yamarle Juan de Dios.